

Marta se levantó de su asiento, abrazó á su padre, le besó cariñosamente la mano, que éste pasó al rededor de su cuello, y se volvió á sentar.

—¿Y bien? dijo el señor Milaguine sorprendido por el modo con que su hija acogía esta petición.

—¿Os parece bien ese partido? le preguntó Marta con dulzura.

El señor Milaguine, confundido cada vez más por el giro extraño que la cuestión tomaba, no pudo contenerse y le dijo á su hija:

—¿Y á tí?

—De eso ya trataremos más tarde. Por el momento lo único que deseo es conocer vuestra opinión.

—Oghérof no ha pasado nunca, dado su género de vida, por un hombre á propósito para casado. Sin embargo, es un buen chico, algo loco, pero muy agradable; es muy rico, no tiene parientes próximos y su posición es brillante. Yo no tengo nada que decir contra él... Además, es jovial y tiene buen carácter.

Marta escuchaba á su padre atentamente, no sin experimentar una secreta amargura.

—¿Por qué querrá casarse conmigo? preguntó á su padre, tras un intervalo de vacilación.

—Porque estará enamorado de tí! ¡Qué pregunta más extraña! dijo el señor Milaguine completamente aturdido.

Marta volvió á su primitivo silencio.

—Bueno, sepamos de una vez que tienes que decir á esto, añadió el señor Milaguine haciendo un gesto de impaciencia.

—No puedo decir nada todavía. Hablaré con él... Y dígame usted, ¿no os desagradaría este casamiento?

—¿Por qué?; la princesa Oghérof será bien recibida en todas partes y el príncipe será un yerno encantador.

—Lo pensaré, dijo Marta levantándose. Abrazó á su padre, salió lentamente del despacho y dejó al señor Milaguine sumido en una cómica incertidumbre.

## X

El príncipe Oghérof no tardó en presentarse con la irreprochable elegancia de un pretendiente locamente enamorado, pero conocedor del mundo, dispuesto á tomar por asalto la ciudadela. Marta, prevenida de antemano, le encontró en el salón, con la actitud arrogante de un héroe decidido á vencer ó á morir.

A Paulina, que había seguido á Marta, la retuvo el señor Milaguine, llevándola á su despacho en donde el menú de una comida fué sometido á las más meticulosas investigaciones y á las discusiones más interminables. El señor Milaguine no quería que Paulina conociera este proyecto de casamiento hasta el momento en que fuera una realidad, con objeto de evitar habladurías.

Marta se sentó é invitó al príncipe á hacer lo mismo. Oghérof podía ser absurdo en sus cosas, pero no hacía nunca un papel ridículo. Su natural distinción y su educación excelente lo ponía al abrigo de toda inconveniencia. Así fué que con la mayor sencillez, con mucha mesura y con exquisito buen gusto explicó á Marta sus sentimientos pidiéndole su mano.

Marta se sintió complacida en su fuero interno al ver la manera tan natural como se trataban

estas cosas y hubiera sentido vivamente oír al príncipe expresar en forma ampulosa sus intenciones de las que no podía participar.

Su cordialidad, su simpatía por este hombre tan amable, que la había salvado la noche anterior, despertáronse en su espíritu y, sonriendo, le dijo:

—Qué idea más singular ha tenido usted, príncipe, pidiendo en matrimonio á una joven tan seria y taciturna como yo!

—¡Ah! Marta, es que os adoro como un imbécil, contestó Oghérof con su vivacidad acostumbrada. Me mandaría usted andar en cuatro patas durante siete años y me sometería á sus deseos.

—Siete años! dijo Marta lanzando un suspiro, ¡sería demasiado! Debo preveniros, príncipe, que no tengo ninguna animosidad contra usted, antes al contrario; pero á fuer de franca y como nobleza obliga, entiendo un deber manifestar á usted que yo no os amo.

—Una mujer virtuosa, quiere siempre á su marido, dijo Oghérof con aire convencido, y todo el mundo sabe que Marta Pavlovna es un modelo de virtudes; de modo que si tengo la dicha de que mi petición sea bien acogida... ¡Ah! Marta ¿no tendrá usted compasión de un pobre oficial de la guardia que se muere de amor?

—Pero, príncipe, ¡qué poca seriedad! dijo Marta que apenas podía contener la risa pensando en el aspecto cómico é imprevisto de la situación.

—¿Que no es serio? ¿Qué quiere usted que haga para demostrar lo profundo de mis sentimientos? Estoy dispuesto á todo. Ordene.

—Espere usted mi respuesta durante quince días, dijo la joven levantándose.

—¡Quince días! exclamó Oghérof consternado: —¡dos semanas! Por Dios, Marta, si dentro de

ocho días me ha de decir usted que no, sería preferible que me lo dijera usted en seguida.

—En cuyo caso ¿qué es lo que haría usted? le dijo de repente Marta mirándole con fijeza.

El rayo de pasión que brilló en los ojos del príncipe fué tan sincero como el acento de su respuesta.

—¡Me iría al Cáucaso á que me mataran!

—Pues bien, espere usted quince días, repitió Marta bajando la vista y palideciendo por la audacia de su secreta decisión.

Oghérof cogió las manos de Marta y las cubrió de besos; —el primer movimiento instintivo de la joven fué el de retirarlas con indignación.

—¡No tengo derecho! se dijo, y abatida y bajando la cabeza, resignóse á este nuevo sacrificio.

—¡Y qué tal, príncipe! dijo el señor Milaguine, atraído por el ruido de las espuelas de Oghérof que se dirigía al jardín siguiendo á Marta.

—Su hija de usted me ha dicho que espere quince días. Esto es muy cruel, verdad, señor Milaguine?

—Al contrario, lo encuentro muy razonable, dijo éste pensando en que tal vez dentro de dos semanas habría de decidirse la separación de su hija.

Oghérof no participaba de esta opinión, pero sin embargo consintió en ello bajo la condición de que había de venir todos los días, dos veces, para asegurarse de los progresos de su cariño en el espíritu de Marta.

Como uno se hace á todo, al cabo de cuatro ó cinco días se acostumbró Marta á ver que Alejandro Oghérof entraba en su casa como si fuera la suya, le besaba la mano, se sentaba á su lado y entretenia al señor Milaguine con la narración inacabable de aventuras imposibles y de

chascarrillos inéditos sazonados con esa gracia peculiar de Oghérof cuya originalidad distraía á la misma Marta.

Poco á poco se fué convenciendo Marta de que el cariño del príncipe era verdadero. ¡Y qué cambio se operó en las costumbres del joven! Dejó en absoluto de asistir á los conciertos; no fué á cenar más al restaurant de moda; su carruaje no rodaba más que sobre la carretera de Kammenoi-Ostrow, y sus hermosos lebreles blancos, tendidos al sol en la galería del señor Milaguine, habían olvidado el entarugado de la Perspectiva, familiarizando con Marta, de quien recibían de vez en cuando pedazos de azúcar y golosinas.

Sin embargo, todavía no estaba decidida Marta á otorgar su mano. Por muy cruel que fuera para ella el recuerdo de Miguel, veíase obligada á evocarlo; no quería en modo alguno que su casamiento fuera la consecuencia de un arrebato del momento, de una sorpresa y al señalar al príncipe un plazo de quince días lo hizo con objeto de dar tiempo á Miguel á que regresara de su viaje y diera explicaciones. Nueve días habían pasado desde la marcha de Miguel; pero Marta quiso esperar el término, decidida á proclamar sus relaciones al día siguiente, si no se presentaba á dar sus excusas y hablar claro.

Paulina se frotaba las manos al ver que sus planes iban dando el apetecido resultado, pero la contrarió mucho el plazo que impuso Marta en contestar al príncipe; haciendo cálculos pensó que sería muy tonta si dentro de cuarenta y ocho horas no impedía el regreso de Miguel en la fecha por él designada, ya que tenía la seguridad de que Marta no se volvería atrás una vez dada al príncipe la palabra de casamiento.

La mañana del oncenno día de la marcha de

Averief, Paulina bajó la primera, como de costumbre, al recibidor, y se dirigió hacia la bandeja en donde dejaba el cartero la correspondencia y los periódicos.

Desde hacía mucho tiempo esta inspección era su primera ocupación de la mañana. Le gustaba, decía, buscar sus cartas en el montón; pero la verdad es que se ocupaba menos de su correspondencia que de la de los demás, y la rigurosa inspección de los sellos de procedencia, la había impuesto en muchas ocasiones de la clase de relaciones y negocios del señor Milaguine.

En la mañana de referencia, empezó Paulina á revolver los papeles con más impaciencia que de costumbre, puesto que esperaba una carta de su protegida á quien había recriminado más de una vez su pereza en escribir. Entre circulares, prospectos y periódicos, vió una carta procedente del extranjero, dirigida al señor Milaguine, con el timbre de la oficina de correos de Menton y cuyo sobre aparecía escrito por Miguel.

Se la metió en el pecho; siguió buscando la carta que esperaba de la niñera, la encontró y haciéndola desaparecer por el mismo sitio que la primera, subió á su habitación sin poder contener apenas los fuertes latidos de su corazón. ¿Qué dirían aquellas cartas? Rompió el sobre de la que venía á ella dirigida y leyó:

«Señorita Paulina:

»Hemos llegado á Menton. Don Miguel nos ha conducido á casa de su hermano, de mucha más edad que él y que se encuentra muy enfermo. Don Miguel quería regresar en seguida, pero está tan delicado su hermano que se ve obligado á quedarse aquí un mes. Ha escrito á San Petersburgo pidiendo una prórroga á su licencia. Vivimos muy bien; la niña es muy agradable, pero por lo que á mí respecta, me parece que no le he

caído muy en gracia al digno señor Averief...»

—¿Qué me importan tus cosas —dijo Paulina concluyendo de leer el resto de la carta. Lo esencial es que don Miguel no regresa todavía. Pero ¿qué es lo que escribirá al señor Milaguine?

Haciendo un gesto de niño consentido, pues Paulina tenía la costumbre de hacer visajes de los cuales ella misma se reía delante del espejo, que era su único confidente, rasgó el sobre de la carta dirigida al señor Milaguine y la leyó de arriba abajo.

Miguel le explicaba su viaje, rogaba al señor Milaguine le excusase su brusca salida, hacía alusión al bouquet que envió á Marta el día de su cumpleaños y terminaba la carta diciendo que á su vuelta, que sería dentro de un mes, le pediría un favor del cual dependía su felicidad futura.

—He hecho divinamente metiéndome esta carta en el pecho —se dijo Paulina, doblándola con sumo cuidado. De aquí á un mes, habrá bastantes cosas cambiadas.

## XI

Cuando aquel mismo día llegó Oghérof á casa del señor Milaguine, le preguntó Paulina si esperaba pronto el regreso de su compañero Averief.

—No, respondió el príncipe, precisamente se recibió ayer en el regimiento una instancia pidiendo una prórroga de un mes.

—¿Y se le ha concedido? dijo Paulina lanzando á Marta una mirada furtiva.

—Ya lo creo! su hermano está muy enfermo, según parece. ¡Es bien triste, a su edad!

La conversación recayó, con este motivo, acerca de las miserias humanas y de las enfermedades, en tanto que en los labios de Marta se dibujaba una sonrisa de amargura y escepticismo.

Paulina no le quitaba la vista de encima recordando con fruición aquella carta sepultada en uno de los rincones de un cofrecito en unión de las flores de azahar del famoso bouquet. Estaba encantada por el resultado de sus maniobras. ¡Qué estúpida le parecía toda esa gente que, sin saberlo, secundaba sus planes! Qué necio ese príncipe que pidiendo la mano de Marta daba el golpe de efecto á sus audaces estratagemas!

Y ese señor Milaguine que había pretendido ocultar el asunto, distrayéndola con fútiles pretextos para que no se enterara de la petición de Oghérof, ¡qué infeliz le parecía!

Y Miguel, ese imbécil que se había metido en la boca del lobo, pidiéndole una niñera, á ella, á quien había humillado! —¡Miguel, que aceptó candidamente su ofrecimiento de reconciliarlo con Marta, después de su marcha!...

¡Con Marta! ¡con esa ingrata orgullosa que la había tratado como una criada, que la había anodado con sus desdenes y á la cual, sin embargo, casaba ahora!

—¡Que bien hago las cosas! se decía en el arrobamiento de su propia glorificación. La hago princesa, con un capital de tres millones. ¡Ingrata! Es capaz de no quererlo reconocer.

Excitada por estos razonamientos se vió acometida de pequeños estremecimientos nerviosos.

—¿Qué le pasa á usted hoy, Paulina? le dijo de repente Nastia. ¡Está usted echando el té fuera de las tazas y no hay azúcar en los platillos!

Paulina se echó á reir por su distracción y se puso á hablar con Nastia.

Aquella noche no pudo Marta conciliar el sueño. Hasta ultima hora, hasta el último momento, no le había abandonado la esperanza de que Miguel volvería y se disculparía. No llegó á comprender toda la fuerza de esta esperanza sino cuando la vió desvanecerse. Le quiero todavía, se decía en una mezcla de dolor y cólera; le quiero con toda mi alma á pesar de ser indigno de mi cariño!

Su orgullo, su amor propio, su dignidad ofendida se sublevaron ante ese recuerdo; hubiera querido que ese cariño, que sobrevivía á la injuria, hubiera tomado forma real, para hacerlo pedazos y contemplarlo deshecho á sus pies. La lucha fué tremenda; quería huir, dejar la casa paterna, entrar en un convento, hacerse hermana de la caridad, institutriz bajo un nombre supuesto, cualquier cosa, con tal de no volver á ver más á ese hombre odioso que la había abandonado únicamente después de haberse burlado de ella.

—¿Y mi padre? se dijo de repente. Se morirá de pena. ¡Pobre padre!

La idea de su padre á quien tenía que engañar con las apariencias de una felicidad imaginaria determinó el plan de Marta.

—¡Hoy decido mi suerte! dijo, y herida en el alma, pero orgullosa y resuelta, se quedó dormida cuando los primeros rayos del sol entraban por la abierta ventana, inundando su alcoba de esplendente luz.

Aquel día la encontró Oghérof más taciturna que de costumbre. Aprovechando un momento, se atrevió á decirle:

—¡Marta, abrevie usted mi martirio! Piense en que nuestro casamiento no podrá hacerse en se-

guida; que nos serán menester por lo menos ocho días, y ya hace doce que estoy esperando!... ¿Por tres días que faltan, qué más le da?

Marta no pudo menos que echarse á reir al sentir estas exclamaciones expresadas en un tono lastimero y propio para enternecer el corazón más duro. Su padre y el mismo príncipe, siguiendo el ejemplo, se pusieron á reir también.

—Si hay casas felices, ésta es una, dijo una voz en la carretera. ¡Todo el día riendo! cada vez que paso siento reir y nosotros, pobres diablos, sufriendo la vida amarga!...

El señor Milaguine, su hija y el príncipe se asomaron á la ventana para ver al improvisado orador. En efecto, era un pobre diablo; sus harapientos vestidos no eran los característicos de un obrero; parecía más bien el que los llevaba un seminarista pobre sin curato ó un empleado cesante y sin sueldo pasivo. Con la cabeza levantada hacia las ventanas del entresuelo, estiraba el cuello huesoso y peludo como esos pájaros desplumados que dentro del nido abren el pico pidiendo pitanza.

Los pliegues de su capa gris por la acción del tiempo y provisto de un cuello de castor pelado por el uso, cubrían un cuerpo de esqueleto; una especie de levitón abrochado denotaba la falta de ropa interior y sus zapatos rotos y polvorientos ponían de manifiesto la ausencia absoluta de calcetines.

—¡Pobre diablo! dijo el señor Milaguine. ¡Lo menos hace ocho días que no ha comido!

—¡Qué imbécil soy! murmuró Oghérof metiéndose las manos en todos los bolsillos. Nunca llevo dinero encima, Tome, buen hombre, pero no lo venda sin haberlo hecho pesar antes.

Y diciendo estas palabras, le alargó su magnífico reloj de oro pendiente de una larga cadena del mismo metal.

El pobre viejo recogió el regio regalo y se deshizo en cumplimientos y reverencias, y así que vió que sus bienhechores abandonaban la ventana, tomó el camino de la ciudad al trote corto de sus piernas demacradas por la miseria.

—Príncipe, dijo Marta de repente, con el consentimiento y la bendición de mi padre, os concedo mi mano.

El acto de Oghérof, realizado tan espontáneamente, puso de manifiesto una bondad de alma superficial, sin duda, pero real, y Marta sintió caer en la balanza lo que hasta entonces faltaba para inclinar el fiel.

Ogherof, dichoso y emocionado, apoyó sus labios por espacio de un buen rato en la mano que su prometida le hubo extendido.

—Una sola condición impongo, dijo Marta, y es que el mismo día de nuestra boda, saldremos de San Petersburgo. Un casamiento á la inglesa.

—¡Qué duda cabe! dijo el príncipe transportado por la emoción. Ahora mismo voy á encargár un carruaje exprofeso. ¡Ya verán ustedes!

Y rápido como una idea, cogió su gorra de uniforme y salió para la capital sin tener en cuenta que el señor Milaguine procuraba convencerlo de que era ese un asunto que podría dejar para el día siguiente.

## XII

Una vez franqueado el paso decisivo había que llegar hasta el fin con igual resolución; faltaban

pocos días para su casamiento, el príncipe estaba muy impaciente y Marta quería salir de viaje antes del regreso de Miguel.

Se pasaron tres semanas con una rapidez extraordinaria; las visitas escasearon en casa del señor Milaguine porque casi todo el mundo estaba de veraneo y los preparativos de la boda y la confección de trajes y ropa, absorbieron á Marta todo el tiempo.

De vez en cuando acudía á su imaginación el recuerdo de lo pasado, pero sobreponiéndose á todo, procuraba desterrarlo de su memoria.

Un día fué á hacer la visita de despedida de soltera á la señora Averief, que vivía en Isarkoese-lo durante el verano.

Esta se enteró del proyecto de casamiento con la bondad característica de todos sus actos; pero al terminar el refresco con que obsequió á Marta la condujo á su alcoba, para hablar con ella un poco, decía.

Obscurecida la habitación por los cortinajes verdes, parecía que los árboles del jardín querían introducir sus hojas por las ventanas; los tonos sombríos de la alcoba, el lecho cubierto con una colcha de damasco verde, los tapices y los muebles antiguos ennegrecidos por el uso, daban á esta habitación un misterioso aspecto. En el fondo, una lámpara siempre encendida, alumbraba una especie de capilla llena de imágenes de oro y plata y guarnecidas de piedras preciosas.

Marta se sentó en una butaca mientras que la señora Averief abría unos armarios. Experimentábase en esta habitación, en donde no entraban nunca los rayos del sol, una sensación de frío; un vago perfume de esencias disipadas, de incienzo rancio, de rosas marchitas, se exhalaba de todos aquellos objetos venerables, símbolos

patentes de recuerdos adormecidos. El retrato, en tamaño natural del primer general Averief, el muerto en Varna, aparecía a la cabecera del lecho. Desde hacía treinta y dos años, los ojos de la viuda se posaban diariamente en aquel retrato; Marta lo miró un momento y sin saber por qué, se apoderó de ella una emoción dulce y triste á la vez.

La señora Averief, que había encontrado lo que buscaba miró á Marta con ojos penetrantes; ésta enrojeció.

—He aquí, hija mía, dijo, lo que guardé para ti el día en que cumpliste los diez y seis años— y puso un magnífico medallón en la falda de Marta;—tengo otro análogo, pero con zafiros, que destino á la futura esposa de Miguel.

Marta dirigió una mirada á la señora Averief, pero su semblante aparecía impenetrable. Contempló un momento la riquísima pedrería del medallón y le agradeció amablemente su valioso regalo.

—Además, añadió la señora Averief, toma un guardapelo que regalé á tu madre mucho antes de su casamiento. Cuando la pobre murió, tu padre me lo devolvió como recuerdo. Te pertenece y te lo doy. Todavía está su retrato.

Marta, emocionada, levantó la cubierta de diamantes y contempló el retrato de su madre, en la flor de sus diez y ocho años y en la majestuosa belleza que había heredado. El modo de dar las gracias, demostró á la señora Averief que acababa de abrir aquel corazón que el nombre de Miguel hirió imprudentemente momentos antes.

—¡Quiera Dios que tu felicidad sea más duradera que la de tu madre y que la mía ... añadió la vieja señora, siguiendo la mirada de Marta que se había ido á posar en el retrato del general Averief.

—Si, hija mía, sí, yo quedé viuda muy pronto; pero cuando bien se quiere, la muerte no separa del todo, y yo he querido mucho á mi marido!...

Marta bajó los ojos.

—¿Querrás tú al tuyo?

—Indudablemente .. contestó Marta en voz baja sin atreverse á mirar á la señora Averief.

—Es que yo había soñado otra cosa, las viejas somos muy aficionadas á hacer proyectos; ya lo sabes, hija mía; yo me había imaginado que me pertenecerías un día...

Marta se levantó con los ojos encarnados y dirigió una mirada investigadora á la habitación; la señora Averief comprendió que en el alma de Marta había algún misterio y se prometió hablar con Miguel.

—Ilusiones de la vejez, añadió sonriendo y abrazando á Marta. Recibe, hija mía, la bendición de una vieja que querrá tanto á la princesa Oghérof como ha querido á Marta Milaguine.

Fué tan cordial esta entrevista y tan simpático el acento con que se expresó la señora Averief, que Marta, emocionada, correspondió con todo su corazón, á aquellas caricias.

Aquella misma noche, al llegar á su casa, enseñó los regalos á su hermana Nastia.

—¿No has visto á Sergio? le preguntó ésta, que no dejaba nunca escapar una ocasión para hablar de su amigo.

—No, está en el campo, respondió Marta distraída.

—¿Y de Miguel, no tienen noticias?

—No...

Este «no» fué tan seco como la detonación de un fusil.

—¿A qué no sabes una cosa? le preguntó Nastia á su hermana abriendo los brazos para acariciarla. Yo quiero mucho al príncipe Oghérof, no

sólo por lo que vale, sino también por los regalos que me ha hecho; pero, para cuñado, hubiera preferido á Miguel.

—¿Por qué? dijo Marta sorprendida.

—Porque es un Averief, murmuró Nastia en voz baja, comiéndose á su hermana á besos.

Marta no comprendió la respuesta y se contentó con encogerse de hombros.

Todavía tuvo que sufrir un tercer asalto, pero este último mucho más rudo que los anteriores, en razón á la franqueza de proceder del asaltante.

Este fué su prima Sofia Liakhine, á quien el matrimonio le había probado admirablemente. De aquel estúpido impertinente con quien se había casado, había hecho en dos ó tres meses un hombre de mundo espiritual, bien portado, correcto en sus maneras y delicado en su proceder. Sofia había dicho: Liakhine es fatuo por timidez, y una vez su timidez hubo desaparecido, se convirtió para todo el mundo en lo que había sido's empre para con ella; á quien había inspirado la mayor confianza por la franqueza de su modo de ser.

—Envieme usted los osos de sus bosques y verá usted como los enseño á bailar sin pegarles; había dicho un día Sofia á Oghérof que, amistosamente criticaba á la joven pareja.

Cuando se enteró Sofia del próximo enlace de su prima, fué á verla, la examinó detenidamente y no le habló de nada. La visita de despedida de soltera pasó también sin ningún incidente, pero un día que Marta, sin acompañamiento de nadie fué á visitarla, Sofia le preguntó descaradamente:

—¿Por qué te casas con Oghérof?

—¡Probablemente porque me gusta!—respondió Marta picada en lo vivo.

—No te enfades, porque ya sabes que no quiero reñir contigo. ¿Pero quieres decirme por qué se ha ido al extranjero Miguel Averief?

—¡No!—respondió Marta con una sonrisa desdenosa.

—¿Riñó contigo antes de marchar?

—Todavía menos.

—¿Te pidió tu mano y rehusaste?

—Ni pizca; ¿pero sabes que este interrogatorio es más propio de un juez que no de una prima?—dijo Marta con manifiesto desdén.

Sofia reflexionó un momento, cogió por un brazo á su prima, que ya se marchaba, y obligándola á detenerse le dijo:

—Te casas dentro de ocho días, ¿no es eso?

—Sí.

—Pues bien, procura no arrepentirte luego, porque sería demasiado tarde.

—Yo no me arrepiento nunca de lo que hago—contestó Marta con altivez, cambiando la conversación para olvidar el recuerdo del anterior diálogo.

Y en efecto, Marta decía la verdad; ella no se arrepentía nunca de las cosas que hacía, y buenas ó malas, mejores ó peores, las aceptaba como se acepta la lluvia ó la nieve. Pero esta resignación, ¿cuántos dolores secretos supone!

## XIII

Llegó el día de la boda. Marta quiso que la ceremonia se verificase á medio día y contra la



costumbre, en Kammennoi-Ostrow, en la iglesia situada sobre la carretera de San Petersburgo.

Celebróse el casamiento sin el menor incidente y á la una de la tarde los nuevos esposos regresaban á casa del señor Milaguine, en donde comieron, según la moda inglesa. Terminado el almuerzo, Marta se cambió el suntuoso traje blanco por un vestido de viaje de seda gris. El carruaje, forrado de satén blanco y arrastrado por seis magníficos caballos guarnecidos de flores de azahar, se paró enfrente de la puerta principal. Empezó la despedida propia de estos casos y la joven princesa se arrojó en brazos de su padre y de Nastia, que estaban convertidos en un mar de lágrimas.

—Os esperamos dentro de ocho días—les dijo para consolarlos.

Mientras que Marta pasaba por sus ojos hinchados un pañuelo retorcido, húmedo por el llanto y pegajoso por los confites, la correcta Paulina que habia hecho gala de su sentimentalismo, derramando esas lágrimas ceremoniosas que se enjagan con un microscópico pañuelo de puntilla, murmuró en alemán al oído del príncipe Oghérof todo un capítulo de felicitaciones.

Este, que tenía otras cosas en la cabeza, aturrido por el ruido monótono de esa oración, se metió maquinalmente la mano en el bolsillo para darle una propina, pero se percibió de su equivocación y balbuceó algunas palabras ininteligibles acompañadas de una sonrisa de commiseración.

—Vamos, vamos—le dijo al señor Milaguine;—perdóneme usted si me llevo á su hija tan bruscamente, pero si retardamos la salida no podremos llegar de día.

Tendió la mano á Marta, ésta se apoyó en ella y se sentó en el carruaje. En el momento en que

se arrebujaba en los almohadones del coche, vió pasar una visión ante sus ojos. Contempló á Miguel, enfermo, agonizando, muerto, en la cama de una fonda, con los ojos cerrados, la faz rígida...

—Ya estoy casada—dijo—todo ha concluído.—Y su corazón, duro como una piedra, se cerró á todo sentimiento tras el corsé de seda.

Algunas palabras de ternura á los que dejaba, un último beso á Nastia que se habia encaramado en el carruaje como un gato, y luego el príncipe que se sentó á su lado, fueron las últimas escenas de aquella escena memorable. Cerróse la portezuela, arrancó el coche y Marta se asomó á la ventanilla para ver á los suyos una vez más.

—Adiós, casa paterna! pensó Marta dando un suspiro inmediatamente contenido.

—Ahora ya eres mía—le dijo el príncipe en voz baja.—¡Te adoro!

Marta no contestó. Una tristeza inexplicable invadió su ser á modo de marea creciente que iba á sumergirla. El príncipe habló durante mucho tiempo.

Poníase el sol y la sombra de los grandes árboles se extendía por la carretera. El nuevo matrimonio se dirigía á una casa de campo que poseía Oghérof á orillas del lago Ladoga. En cinco horas tenían que recorrer el trayecto. Los rayos oblicuos del sol entraban por una de las ventanillas, estrellándose sus plateados reflejos en los pliegues de satén del carruaje.

Marta reflexionaba; no sabía lo que era el matrimonio; de saberlo, hubiera preferido morir antes que dar á otro hombre que no fuera Miguel el derecho de tutoría. Sin embargo, no se arrepentía; la cosa estaba hecha.

La carretera estaba desierta y los caballos iban al trote largo; de pronto el príncipe cogió á su

mujer entre sus brazos y acercándose á sus labios, le dijo?

—Me amas ¿verdad?

—Amaré á mi marido—respondió Marta, pálida de angustia pero resuelta á mantener siempre su juramento de casada.

A esta misma hora, Miguel que había llegado á Ginebra en el tren de mediodía, maldecía los ferrocarriles suizos que apenas andan de día y mucho menos de noche. Condenado á perder doce horas en espera de tren, subió, para no aburrirse, al Grand-Sacconex, desde donde divisaba el Mont Blanc, iluminado por los rayos de un sol poniente.

Aquella cantidad tan extraordinaria de nieve le fascinaba; quería descender y sin embargo subía siempre atraído por aquella blancura inmaculada á la que los últimos rayos de sol daban un tinte sonrosado indeciblemente tierno y puro. No podía apartar sus ojos de aquel espectáculo; en su imaginación le pareció franquear el Sálève y los valles, y hubiera querido abrazar con un solo abrazo, aquellas cimas tan nevadas, tan esponjosas, tan dulces, tan inaccesibles...

—¡Como Marta!—se dijo—inaccesible como la nieve de los Alpes... aunque sus mejillas, como estas cúspides, se coloreen á veces...

No terminó el pensamiento; empezó á soñar con el recuerdo de la mujer amada y ensimismado en su cariño, contempló vagamente la silueta del Mont Blanc, dibujarse como un fantasma en el fondo obscuro de un cielo azul tachonado de estrellas.

## XIV

A las ocho de la mañana del día siguiente, recorría la princesa Oghérof el jardín de su nueva residencia.

Sin poner atención á sus bellezas, caminaba de prisa á lo largo de una espesa avenida de tilos que bordeaba el lago Ladoga, y como si fuera impulsada por un resorte, una vez llegaba al final volvía sobre sus pasos reanudando el paseo.

Por dos veces se enredaron los encajes de su vestido en las ramas de un espino, pero ella continuaba la marcha dejando los trozos del tejido que flotarán á impulsos del viento matinal, hasta que un pájaro furtivo se los llevaba en el pico para abrigar el nido.

El lago inmenso brillaba ante su vista; Marta fijaba sus ojos en las tranquilas aguas, pero en seguida salía de aquella especie de embobamiento y lanzaba su mirada errante por la arena de las orillas próximas, que le parecía sembrada de manchas negras.

Así estuvo cerca de una hora hasta que cansada se apoyó en el tronco de un añoso tilo, dejó caer los brazos y bajó la cabeza con expresión de profunda melancolía.

—¡Ultrajada! Esta era la palabra que, á pesar suyo acudía á sus labios mudos, á su revuelto espíritu. Desde hacía una hora, estaba esforzándose en sacudirla de su mente, en borrarla de su pensamiento, en olvidar hasta la existencia de la causa, pero siempre acudía ante sus ojos, con despia-

BIBLIOTECA DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO GONZALEZ"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO